

Tom Fernández

La diferencia entre
un fantasma y un espectro



Dragón Díaz
y el Club de $2+2=5$

ANAYA



Capítulo 1

LA TARDE DE OTOÑO en la que la vida de Dragón Díaz cambió para siempre, tenía nueve años, el pelo corto y de mayor quería ser cocinero de astronautas. En realidad, quería ser astronauta. Pero un día su madre le dijo que para eso había que estudiar mucho. Sobre todo, matemáticas. Y no de las normales. Los astronautas tenían que saber matemáticas que ni los profesores conocen. Un astronauta podía llenar varios encerados como los de clase con fórmulas rarísimas y no parar hasta que se le acabase la tiza.

Eso le tenía preocupado. Porque Dragón tenía un secreto. Algo que solo él sabía y que tenía mucha relación con las matemáticas. Y es que

cada vez que sumaba $2 + 2...$ le daba 5. Era una cosa muy extraña, porque era capaz de hacer cualquier otra suma correctamente: $3 + 3$ le daba 6, $4 + 4$ le daba 8 y hasta $9 + 9$ le daba 18. Pero aquel condenado $2 + 2$ se negaba a dar lo que tenía que dar.

«¡Coliflores! ¡Cómo odio ese $2 + 2!$ », pensaba a menudo Dragón cuando estaba enfadado. Porque lo segundo que más odiaba en el mundo después de las matemáticas era la coliflor. Como futuro cocinero de astronautas se había jurado a sí mismo no cocinar jamás nada que llevase coliflor. No entendía por qué las madres se la daban de comer a sus hijos. ¿Es que no les querían? ¿O es que ellas nunca la habían probado? Dragón no entendía por qué existía la coliflor. Era la verdura más estúpida del universo. Más aún que las berzas, que no sabían a nada. Sin embargo, con una berza te puedes acabar encariñando, pero con una coliflor... Era la tarántula de las verduras. Nadie en el mundo se comería una tarántula con bechamel. Por eso, cuando se enfadaba mucho, gritaba para sí mismo: «¡Coliflores!». Era su palabrota favorita. En realidad, la única. Las palabrotas normales que se decían en el patio del colegio o que oía a la gente mayor no le gustaban. No significaban nada. Pero al gritar con mu-

cha rabia: «¡Coliflores!», se sentía mejor. Como cuando le das una patada a un balón con todas tus fuerzas y lo lanzas tan lejos como puedes. Luego tienes que ir a por él, pero merece la pena.

Dragón no se enfadaba con facilidad. Tenía buen carácter y no solía encontrar motivos para perder los nervios. Solo cuando ese estúpido $2+2$ se cruzaba en su camino. Y eso que había hecho todo lo posible para que la suma le saliese correctamente. Incluso trató de sumar cosas diferentes para probar suerte: sus cromos de fútbol, sus calcetines, sus canicas. Hasta sumó las croquetas de su madre antes de comerlas. Pero nada, no había manera. $2+2$ le daba 5.

Por eso quería ser cocinero de astronautas, porque no tendría que saber matemáticas. Tendría que saber hacer macarrones con chorizo espaciales. Y eso era lo único que él quería: viajar por el espacio, descubrir nuevos planetas y vivir extraordinarias aventuras.

Siempre procuraba estar cerca de su madre cuando cocinaba para aprender y ya sabía hacer muchas cosas: romper los huevos en el borde de un plato, batirlos, pelar las patatas cocidas para la ensaladilla rusa... Incluso una vez empanó una pechuga de pollo. No muchos niños podían decir lo mismo. Dragón quería ser el mejor cocinero de

astronautas del mundo. Así, los más valientes e importantes exploradores espaciales querrían que fuese con ellos en sus misiones. A fin de cuentas, no importaba ser el piloto o el capitán de la nave. Lo importante era estar en ella cuando despegase. Y el que pela las patatas cocidas para hacer la ensaladilla rusa cósmica también forma parte de la tripulación.

Pero para eso aún quedaba mucho tiempo y Dragón temía que tarde o temprano alguien acabaría descubriendo su secreto. En ese caso, su futuro podría peligrar. Hasta ahora había conseguido aprobar las matemáticas. No solían pedirle que sumase $2 + 2$. Pero los profesores son personas muy extrañas, de las que no te puedes fiar. Siempre hay que estar pendiente de ellos por si se les ocurre hacerte la vida imposible o pedirte que les digas cuánto es $2 + 2$. A veces, Dragón se preguntaba si los profesores habían sido niños alguna vez.

Por eso había desarrollado una habilidad especial para que nunca le preguntasen nada en clase. Lo descubrió viendo un documental en la tele. Había insectos que eran capaces de convertirse en alguna cosa que tuvieran a su alrededor para que los animales que se los querían comer no los encontrasen. Se hacían pasar por hojas,



por palos... Así que Dragón utilizaba la misma estrategia: cuando la profesora iba a preguntar a alguien en clase, él se concentraba mucho y se empezaba a parecer a Germán Castro, su compañero de mesa. Así, la profesora siempre acababa preguntando a Germán, y era él el que por narices tenía que salir al encerado. Lo sentía por Germán, pero nunca quería compartir con él su bocadillo y Dragón siempre le daba la mitad del suyo. De modo que se lo tenía merecido, por egoísta y glotón.

Por ahora, el plan funcionaba. Pero sabía que seguía corriendo riesgos. Cualquiera día Germán se podía poner enfermo y entonces Dragón no tendría a quién parecerse y descubrirían su secreto.

Eso le agobiaba. Estaba convencido de que, en cuanto le descubriesen, le meterían en un colegio especial. O peor. En un laboratorio para hacer experimentos con él. No solo no sería astronauta, encima pasaría el resto de su vida con la cabeza llena de cables, mientras un montón de científicos con bata blanca se dedicarían a observarle y a hacerle preguntas en alemán. Porque Dragón estaba convencido de que los científicos de niños más despiadados del mundo eran alemanes.

Su vida sería muy desdichada. Viviría en una habitación pequeña y fría con la única compañía de un chimpancé, con el que habrían hecho tantos experimentos que el pobre ya estaría como una regadera y sería imposible hablar o jugar a nada con él.

¿Por qué le pasaba eso? ¿Por qué no podía ser un niño normal? Él solo quería ser astronauta y viajar a galaxias desconocidas para luchar contra monstruos extraterrestres. ¿Era mucho pedir?

Dragón no se atrevía a contárselo a sus padres. Y eso que eran unos padres bastante buenos. Los viernes le dejaban acostarse un poco más tarde y su madre le permitía batir los huevos antes de rebozar las pechugas de pollo. ¡Qué narices! ¡Eran los mejores padres del mundo! Pero ¿y si se avergonzaban de él al enterarse de lo del $2+2$? Los padres a veces son muy raros y se enfadan por cosas más raras todavía. Su madre se ponía hecha una furia cuando Dragón no hacía la cama por las mañanas. ¿Para qué había que hacerla? La cama no se iba a ir a ningún sitio. No tenía ningún sentido hacerla todos los días. Pues nada, su madre seguía poniéndose como una furia. ¿Qué les pasaba a las madres con las camas? ¿Sabían algo que los niños ignoraban? ¿Es que si no la hacías, tenías pesadillas por las noches?

Dragón, desde luego, las tenía, pero no era por no hacer la dichosa cama. En sus pesadillas un gigantesco $2 + 2$ le perseguía para aplastarlo, enfadado porque no sabía sumarlo correctamente.

A sus amigos del colegio tampoco se atrevía a contárselo. Se ponían bastante bestias con todos los que eran un poco diferentes. A Martín Sastre, el niño más gordo del colegio, le tenían amargado con bromas crueles sobre su peso. A Dragón le daba pena Martín. Le veía triste por el patio, sin nadie con quien jugar... y solo por tener unos kilos de más. Así que no se quería ni imaginar lo que harían sus amigos si se enteraban de que a él $2 + 2$ le daba 5. Enseguida sería el blanco de sus burlas y acabaría tan triste como Martín. Daban igual todos los partidos de fútbol que hubiesen jugado juntos, incluso los regalos de cumpleaños que les hubiese hecho. Sus amigos no tendrían piedad con él. Aunque se supone que los amigos son los que te ayudan y te consuelan cuando te pasa algo.

A veces, Dragón se sentía muy solo.